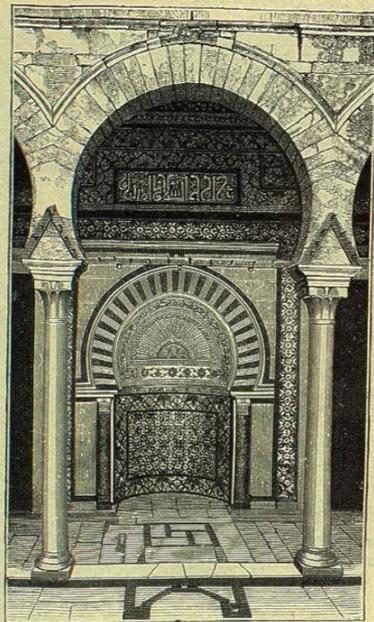


influencia civilizadora les hubiese sobrevivido, la de la sangre se extinguiera rápidamente.

Pero la segunda invasión, hecha en grande escala, produjo resultados muy diferentes, porque como introdujo en el África un número considerabilísimo de Arabes, trasformó á una parte del pueblo berberisco en pueblo árabe.

Tuvo lugar esta invasión á mediados del siglo XI, en una época en que los Berberiscos habían reconquistado su independencia; de ella



Mirab de la mezquita Si-el-Kabib, en Kairuán.—De fotografía

resultó que los Arabes se desparramaron por todo el Norte de África, obligando á los Berberiscos á retirarse á las montañas del Tell y á las regiones del Sud. Componíanse los invasores de tribus procedentes del Hedjaz, en Arabia, que en tiempo de los Fatimitas habían sido acantonadas en el alto Egipto; pero como sus depredaciones habían dejado en breve tiempo del todo inhabitable el país que aquí ocupaban, el califa Mostanser determinó librarse de ellas enviándolas contra los Berberiscos de África.

Así, pues, más se pareció aquella llegada á la invasión de un pueblo en masa que al avance de un ejército. Los Arabes habían partido llevándose mujeres, hijos y ganados, valuándose por algunos autores árabes el número á un millón, y por otros á doscientos cincuenta mil tan sólo; bien que, según parece, la primera invasión fué seguida luego de otras muchas.

Esta inmigración se verificó con bastante lentitud, y no ocupó todo el Norte de África sino de un modo progresivo. Dos años después de principiada, tan sólo llegaba á la comarca de Trípoli. Avanzaban los Arabes paso á paso, introduciéndose por grupos en los valles y se mezclaban gradualmente con la población; pero como sus masas iban siempre en aumento, llegaron por el solo impulso del número á imponer en algunos siglos á los Berberiscos sus costumbres, religión y lengua, no dejando á los soberanos indígenas más que el poder nominal. Únicamente las tribus rechazadas hacia las montañas del Tell y hacia algunas regiones del Sud se sustrajeron á la influencia extranjera.

Los resultados de estas invasiones nada tuvieron de civilizador, porque los nómadas de la Arabia siempre han llevado una vida medio salvaje, incompatible con toda cultura verdadera, y no cambiaron en África de modo de vivir. Entonces la civilización que empezaba á desarrollarse en la tierra africana se fué extinguiendo rápidamente, y las luchas intestinas de las tribus, así como las que sostuvieron diferentes dinastías rivales de algunas provincias independientes, acarrearón en breve tal decadencia que cuando los Turcos en el siglo XVI se presentaron en Argel, poco trabajo les costó apoderarse del Norte de África, siendo Marruecos el único estado árabe que conservó su independencia. Todavía hoy la conserva este país, pero sin sobreponerse á la decadencia que había caído gradualmente sobre todas aquellas regiones. Así es que la ciudad de Fez, que en el siglo X era una rival de Bagdad, y contenía, según los historiadores árabes, 500,000 habitantes, 800 mezquitas y una biblioteca abundantísima en manuscritos griegos y latinos, es hoy en día una ciudad medio arruinada; y la misma población de Marruecos, que se reduce ahora á siete ú ocho millones de individuos, es el producto bastardeado de cruzamientos entre Arabes, Berberiscos y Negros.

III

MONUMENTOS DEJADOS POR LOS ÁRABES EN EL ÁFRICA SEPTENTRIONAL

Aunque la civilización árabe de África no alcanzó nunca la brillantez de la de Egipto ó de la de España, el África poseyó ciudades importantes y algunos monumentos notables, particularmente en tiempo de los Aglabitas, los cua-

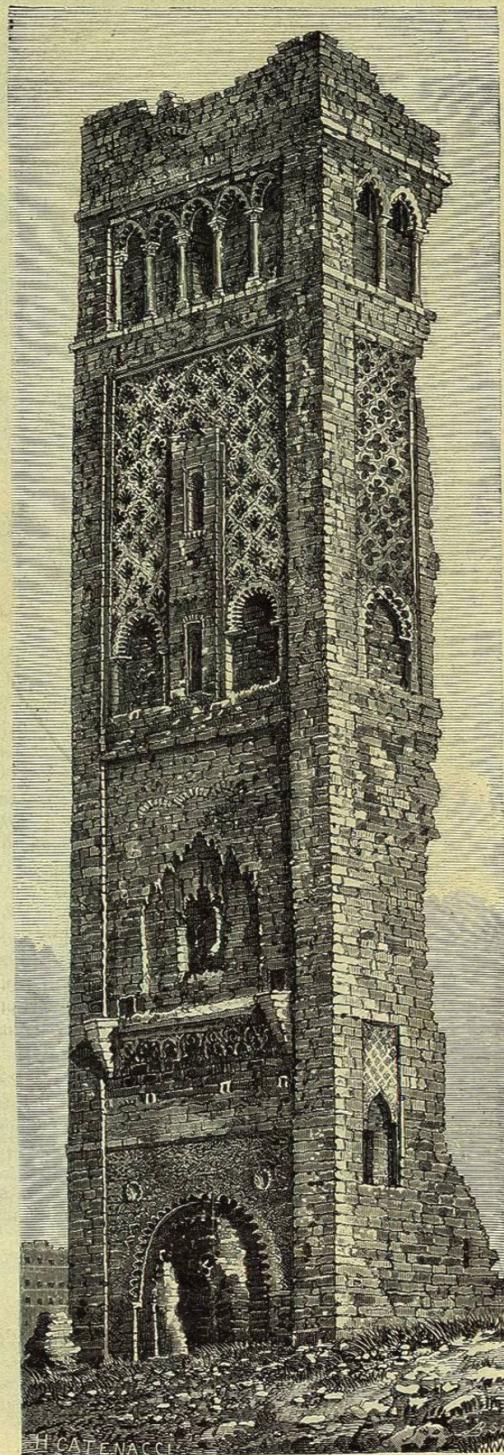
les fundaron ciudades como Keruán, Túnez y Fez, ó trasformaron otras que apenas existían antes de ellos, por ejemplo Tlemecén, Argel, Bugía, etc. Sin embargo, el esplendor de estas ciudades fué muy efímero, pues las rivalidades de los Berberiscos, su corta aptitud para la civilización, la llegada de Arabes nómadas, y finalmente la carencia de centros importantes, como Bagdad en Oriente, y el Cairo en Egipto, eran condiciones nada favorables al progreso de la civilización. Así es que no debe esperarse hallar en el África septentrional edificios árabes de la originalidad y riqueza que los de España y Egipto; y según se verá en el capítulo que dedicaremos á la historia de la arquitectura de los Arabes, estos últimos no llegaron nunca en África á sustraerse á la influencia bizantina. Por ahora nos reduciremos á una sencilla enumeración de los monumentos más notables, prefiriendo sobre todo los religiosos, que casi son los únicos que subsisten: lo mismo hemos hecho en otras partes.

Mezquita de Keruán.—Fundó esta ciudad el célebre Okba, conquistador de África, y mandó edificar en ella el año 55 de la hégira (675 de J.-C.) una gran mezquita, que fué reconstruida varias veces, particularmente el año 205 de la hégira (820 de J.-C.). Está coronada de cúpulas abocinadas, y forma un cuadrilátero cercado por una pared maciza, á la cual domina un minarete consistente en una torre cuadrada, de base muy ancha, y rematada en tres pisos sucesivamente reentrantes. Este estilo de torre cuadrada aplicado á los minaretes es muy común en el África septentrional, y de seguro que no lo fué menos en España.

Aunque la gran mezquita de Keruán y los demás edificios religiosos de esta ciudad hayan sido muchas veces restaurados, encierran, según en otro capítulo veremos, un interés arqueológico muy importante. Pero hasta poco tiempo há ningún europeo había podido visitarlos, de modo que no estaban descritos en ninguna obra.

El mismo Okba, que fundó á Keruán, fué enterrado cerca de Biskra, y la mezquita donde está colocado su sepulcro, llamada mezquita de Sidi-Okba, es actualmente el más antiguo monumento religioso del islamismo en África, y posee igualmente un minarete cuadrado.

Mezquita de Sidi Bou-Medina, cerca de Tlemecén.—Fué antiguamente Tlemecén capital del Maghreb central, y su mezquita data del 739 de la hégira (1388 de J.-C.). Contiene este edificio entre sus dependencias una escuela, que



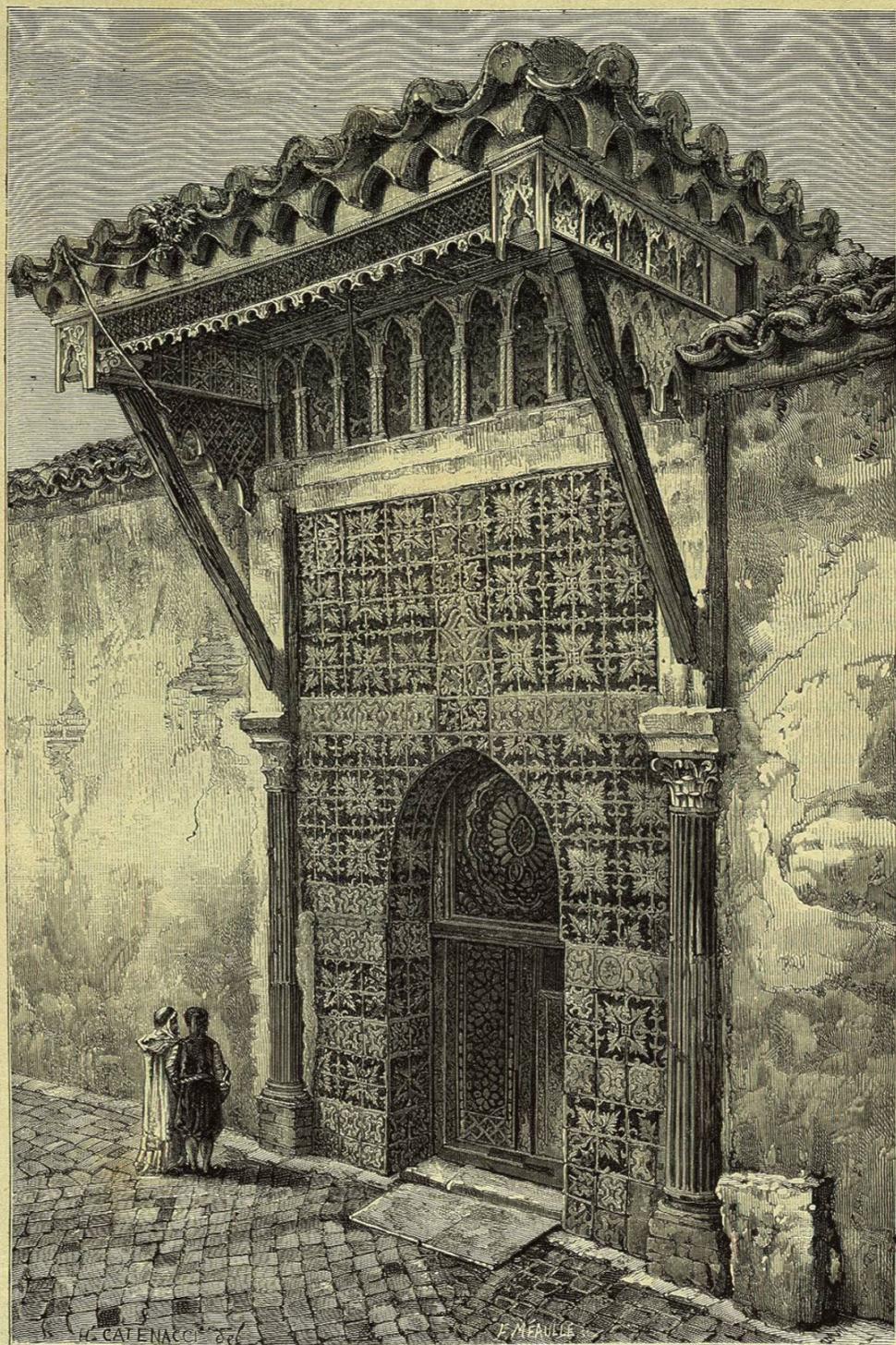
Torre de Mansurah

se abrió en 747 de la hégira, y que es uno de los poquísimos monumentos de este género que todavía se conservan en Africa. En tiempo del esplendor de los Arabes se enseñaba allí las ciencias y la historia. Nuestro grabado da una exacta idea de su arquitectura.

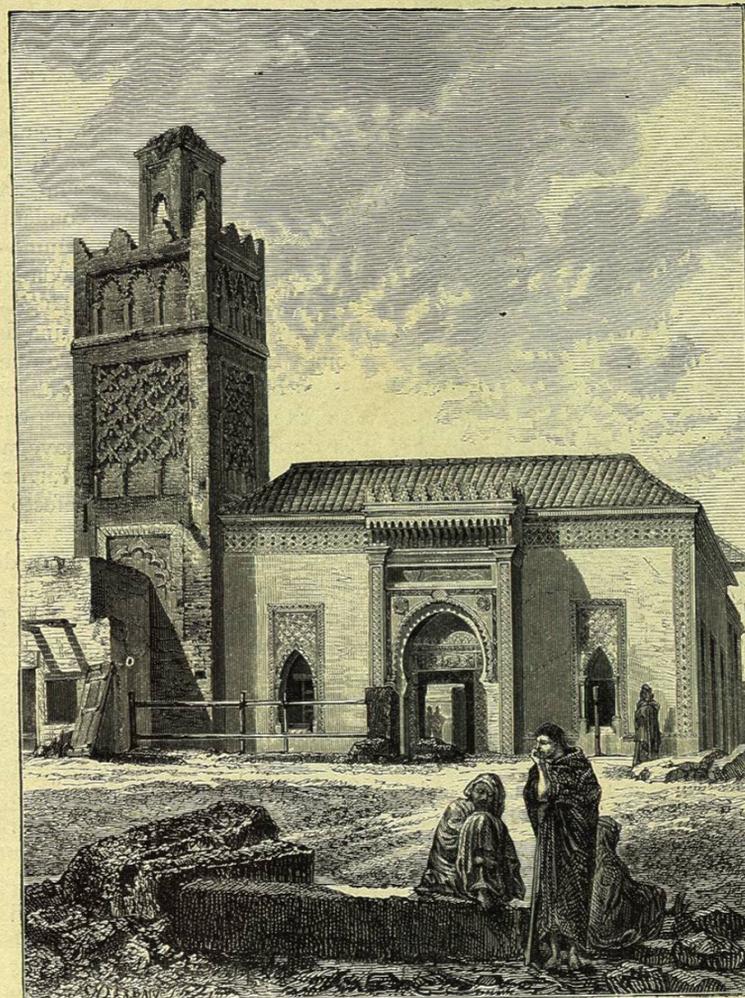
Mezquitas de Argel.—Casi todas son mo-

dernas y sin interés; siendo la única que merece verse la de Djama el Kebir, cuya fundación remonta al siglo x de nuestra era, aunque en diversas épocas ha sufrido modificaciones importantes: su minarete cuadrado data especialmente del siglo xiv.

El interior del edificio actual está enjalbega-



Puerta de la mezquita de Bou-Medina



Escuela (medersah) de Tremecén.—De fotografía

do, y no posee ornamentación alguna. Las arcadas que sostienen los techos se apoyan en pilares cuadrados, y tienen la forma de la herradura ligeramente ojival, habiendo muchas que son festoneadas.

Una de las fachadas de la mezquita está rodeada de una bella galería, compuesta de arcadas ojivales y ondeadas, con la base de herradura, lo mismo que las anteriores. Pero aque-

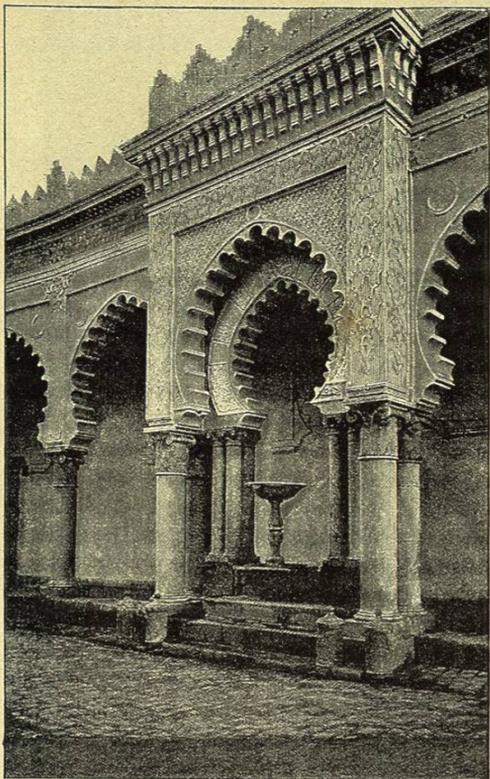
llas descansan en columnas de mármol. Esta galería, cuya construcción es muy posterior al monumento primitivo, se parece muchísimo á las columnatas que se hallan en los patios interiores del Alcázar de Sevilla.

Fuera de la mezquita precedente, el único monumento mahometano que me parece digno de señalarse en Argel es la capillita sepulcral de Abd-er-Rahman, que toma su nombre del

CAPILLA ALEONSINA

que llevaba el personaje en ella enterrado. La construcción es del siglo xv, siendo elegante, aunque sin sello original.

Mezquitas de Marruecos.—Posee este país



Fachada de la mezquita Djama-el-Kebir, en Argel.—De fotografía

muchas mezquitas bellas, entre las cuales las de Muley Edris y de Elkarum, en Fez. La última, que todavía es celeberrima en toda el Africa, consta de 270 columnas y de 16 naves de 20 arcadas cada una. Ningún Europeo puede entrar en ella bajo pena de la vida.

La mayor parte de las mezquitas de Marruecos están construídas por los planos de las del Africa septentrional, teniendo como estas, minaretes cuadrados, que es una forma muy poco usada en Egipto.

Fuera de un corto número de mezquitas, apenas se halla monumento alguno árabe que sea notable en Marruecos. En cambio se ve allí costumbres, trajes y un panorama oriental que sería difícil hallar en otra parte. Para tener una idea de la vida de los Arabes en tiempo de los califas es necesario ir con preferencia á Marruecos. Las grandes ciudades semi-europeas de Argel y de Siria, excepto Damasco, no podrían dar sino una idea muy incompleta de ello; y como el viaje es fácil, lo recomiendo á todos los artistas. En pocos días de camino de hierro se atraviesa de arriba á abajo toda Francia y España; se toma el vapor en Málaga, y se arriba á Gibraltar, ciudad inglesa de una fisonomía monótona y triste. Pero el viajero que guste de lo pintoresco, no sentirá hallarse allí con la imagen de Inglaterra, porque el contraste que verá, después de algunas leguas de navegación, al desembarcar en las costas de Marruecos en Tanger, ha de producirle un efecto inolvidable. Tanger, con sus blancas casas y azoteas, con su población abigarrada y sus bajás de sentencias sumarias, representa la vida árabe tal como se llevaba mil años atrás. Esa visión fantástica de mezquitas, de minaretes, de torres almenadas, de bazares de esclavos, de mujeres tapadas y de Arabes vestidos de colores chillones, que suscita la lectura de algunos capítulos de las *Mil y una noches*, se ve realizada de un modo mágico, al entrar en esta antigua ciudad, cuya fundación hace remontar la leyenda á Hércules, y que ya era célebre en tiempo del comendador de los creyentes, Harún-al-Raschid, el ilustre contemporáneo del gran emperador Carlomagno.

CAPITULO VI

LOS ÁRABES EN ESPAÑA

I

ESPAÑA ANTES DE LOS ÁRABES

Después de haber logrado expulsar á los Griegos, contener á los Berberiscos y terminar así la conquista de aquellas vastas comarcas de Africa que antiguamente fueron testigos de las

luchas de Roma y Cartago y de aquellas guerras en las cuales Masinisa, Yugurta y tantos hombres ilustres habían combatido, los Arabes pensaron en conquistar á España.

No tenía sólo por objeto esta nueva conquista agrandar su imperio, hartó vasto ya; sino que como los Berberiscos habían sido los más



Brazos de una cruz adornada de piedras preciosas, procedente de los Visigodos de Toledo (siglo séptimo)

encarnizados enemigos que debieron vencer, aunque á la sazón estuviesen sumisos, su bravura, carácter independiente y costumbres batalladoras les hacían temibles, y pareció muy político y hábil satisfacer sus instintos turbulentos, tomándolos por aliados en las expediciones guerreras.

Según Ibn Khaldun, la primera expedición que pasó el estrecho de Gibraltar y penetró en España no constaba más que de 12,000 combatientes, y casi todos Berberiscos.

Antes de contar de qué modo se hizo esta conquista echaremos una ojeada á la historia de España antes de la invasión mahometana, porque siempre es conveniente buscar en el pasado de los pueblos las causas de los sucesos presentes, y sólo la historia anterior de España puede darnos la explicación de que fuese conquistada en tan breve tiempo por los discípulos de Mahoma.

Habitada primero por Celtas, llegados de la Galia, y por poblaciones de origen mal conocido, como Ligurios é Iberos, España había recibido después varias colonias de Fenicios, Gri-

gos y Cartagineses. Llegaron los últimos á conquistar el país, y fundaron á Cartagena, sucursal de Cartago. Dos siglos antes de J.-C. la segunda guerra púnica les arrancó su conquista, en beneficio de los Romanos.

Poseyeron estos á España hasta el siglo quinto de nuestra era, y bajo su imperio se cubrió el país de ciudades florecientes, dando además á Roma hombres ilustres como Séneca, Lucano, Marcial, y los emperadores Trajano, Adriano, Marco Aurelio, Teodosio, etc.

Después de seguir á Roma en su época de grandeza, España tuvo también que seguirla en su decadencia. Cayeron sobre ella los bárbaros del Norte: Vándalos, Suevos, Alanos, etc., después de saquear las Galias; pero los vencieron los Visigodos, quienes se apoderaron de España durante el siglo vi, y todavía eran dueños de ella cuando desembarcaron los Arabes.

Los Visigodos se mezclaron rápidamente con el elemento latino que en España hallaron; adoptaron la lengua latina, y por haber renunciado á sus dioses, siguieron el culto cristiano, que era la religión del imperio. La civilización